



En homenaje a Don Luís Llerena: maestro entregado e historiador riguroso

Juan Carlos González Faraco

Universidad de Huelva

La vida es biografía, relato de la memoria, recuerdo y olvido, carne de tiempo. Pero el tiempo no es una sustancia homogénea ni una cadencia uniforme. El tiempo está hecho de desgarros y de éxtasis, de armonía y de crisis, de progresos y regresos, de encuentros y pérdidas, de amor y desolación, de luz y sombra. Pero, sobre todo, de tránsitos. Porque la vida, como decía Hanna Arendt, no es un calendario de hojas que se esfuman, sino una sucesión de acontecimientos radicalmente nuevos. Hemos heredado, no obstante, una imagen del tiempo vital como una línea continua que empieza, se achica y acaba. Según esta imagen, se nace una vez y el nacimiento es, por tanto, una ocasión única, irrepetible, ante la que, en el mejor de los casos, sólo cabe la nostalgia, que es un sentimiento de derrota.

Para Arendt, sin embargo, la natalidad no es un hecho insólito, sino la cualidad que mejor define la condición humana. Ser humano es volver a empezar, reinaugurar la vida a cada instante, abrir cotidianamente una puerta a la esperanza, porque lo por vivir o lo por venir es mucho más que la consecuencia inapelable de lo vivido. El psicoanálisis, que al fin y al cabo tiene más de mitología que de ciencia, se ha obstinado en hacernos creer, como si se tratara de un axioma, que la vida es una fatalidad que se fragua en la infancia. No trato de negar la interdependencia de las sucesivas edades por las que transcurre la vida humana. No. Pero la vida no se rige sólo por la continuidad y el encadenamiento, sino también por el salto, la quiebra y la novedad, muchas veces sorpresiva e imprevisible. Vivir pendiente de un hilo no sólo significa que nuestra vida está marcada por la incertidumbre y el riesgo, sino también que vivir es la posibilidad de desatarse, de largar amarras y reiniciar el viaje siguiendo otro rumbo.

Vivir es viajar, mirar con curiosidad hacia otros horizontes. Por eso, tiene mucho sentido hablar del aprendizaje como algo indisolublemente ligado al hecho de estar vivo y, por tanto, necesario para alimentar y renovar cada día el sentido de la vida. Pensar, como es la moda, en el aprendizaje como un proceso de acumulación para sobrevivir y competir en la jungla de la sociedad del conocimiento es empobrecer la vida y aniquilar su mayor encanto: despojarse, resurgir de las

cenizas, renacer. Vivir no es un experimento. Por eso, la vida, cuando es plena, se rebela contra las normas y se escapa, como el aire o como el agua, entre las rendijas de los formularios homologados. Qué fácil, pero qué somero y qué burdo, contar la vida a golpe de cifra, siguiendo la pauta de un modelo normalizado que ha de someterse a escrutinio institucional. Pero un hombre no es un artefacto ni la vida es un experimento sujeto a leyes universales. Vivir es una experiencia radicalmente subjetiva.

Cómo contar, pues, la vida de alguien preservando esta subjetividad radical, cómo resumir toda una vida sin desmerecerla, sin quedarse en la pura exterioridad del conocimiento. Qué sucesos, qué datos, qué logros seleccionar de la biografía de nuestro amigo y compañero Luís Llerena, a quien dedicamos este breve texto, para eludir la impresión superficial o la imagen simple. La grandeza de la vida humana reside, entre otras cosas, en su carácter íntimo e inefable. Por eso describir una vida, como si tratara de una cuenta de resultados, es siempre un acto injusto, aunque nos guíe el noble fin de hacerla comprensible a los demás. Creo no equivocarme, sin embargo, si digo que en Luís Llerena hay algunas cualidades que atraviesan de cabo a rabo su vida y que lo hacen ser un hombre admirable en muchos sentidos. Es imposible en tan poco espacio aludir a todas ellas con un mínimo de profundidad, por eso sólo me referiré a dos que están directa y estrechamente relacionadas con su larga e intensa vida profesional: su honda vocación como educador y su inagotable capacidad de superación personal.

Con su jubilación, Luís Llerena tal vez dejará de impartir clase en las aulas de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Huelva, pero nunca dejará de ser profesor ni menos aún educador. Luís ha recorrido, con tenacidad encomiable, todas y cada una de las etapas del sistema escolar como maestro, director, orientador, y profesor universitario, siempre guiado y animado por el amor a un oficio que él ha sabido convertir en una razón de vida, un compromiso ético y una actitud abnegada y generosa que lo acompañarán más allá de este mero cambio de estado administrativo que es la jubilación. Con su partida, los estudiantes de la Universidad de Huelva pierden a un gran profesor, pero nos queda el consuelo y la certeza de que otros seguirán bebiendo de su magisterio y aprendiendo de su testimonio.

La vida no le ha regalado nada. Incluso lo ha tratado de manera implacable. Trabajando infatigablemente, fiel a sus convicciones, siempre ofreciendo lo mejor de sí mismo, Luís Llerena ha construido una espléndida carrera docente e investigadora que, con la jubilación, sólo cambiará de plano y de horario, pero que no se detendrá. El maestro entregado y el historiador riguroso prevalecerán dando nuevos frutos que siempre serán bienvenidos en la Universidad de Huelva.

Creo recoger un sentimiento compartido por quienes componemos el Área de Teoría e Historia de la Educación y el Departamento de Educación, al darte de todo corazón las gracias por tanto trabajo tan bien hecho, pero, sobre todo, por el ejemplo de una donación personal sin límite cuando la vida te puso ante la prueba más dura que cabe imaginar. Gracias por esta penúltima lección de profunda humanidad. ¡Y suerte en el nuevo periplo que te aguarda en el viaje de la vida! Vivir, recuerda, es nacer cada día.

*J. Carlos González Faraco
es profesor del Departamento de Educación de la Universidad de Huelva
correo electrónico: faraco@uhu.es*